



Palabras de la Dra. Aída Kemelmajer de Carlucci en calidad de oradora en reconocimiento a Luis Ovsejevich tras ser declarado Ciudadano Ilustre de la Ciudad de Buenos Aires

Conforme el art. 5 de la ley 578 de la ciudad de Bs. As. la distinción de Ciudadano/a ilustre se otorga mediante ley de la Legislatura, aprobada por los dos tercios de los miembros del cuerpo. Sólo pueden ser otorgadas un máximo de diez (10) distinciones anuales. Pueden recibir la distinción personas humanas, argentinas, nacidas en la Ciudad de Buenos Aires o que hayan residido en ella durante diez (10) años como mínimo y que se hayan destacado por la obra y la trayectoria desarrollada en el campo de la cultura, la ciencia, la política, el deporte y la defensa de los derechos sostenidos por la Constitución Nacional y por la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires".

La fórmula verbal *"hayan destacado por la obra y la trayectoria desarrollada en el campo de la cultura"* parece imponerme que deba recordar el pasado.

La exigencia no es errónea, desde que, como bien se ha dicho, "la vida es lo que recordamos y la memoria nos ayuda a construir quienes somos", aun cuando se reconoce que la memoria humana no guarda realmente lo sucedido sino las vivencias personales; este hecho genuinamente humano explicaría las discrepancias que a menudo se observan entre los recuerdos de personas que compartieron los mismos acontecimientos. El director Akira Kurosawa plasmó magistralmente en su película Rashomon la subjetividad intrínseca a todo recuerdo. Desde entonces, se habla del "efecto Rashomon" para referirse a esas situaciones en las que varias personas presencian un suceso y posteriormente cada una cuenta una historia distinta, aunque ninguna miente; ¿Por qué se producen esas discrepancias? La memoria que guarda las experiencias personales y las reconstruye en forma de recuerdos no fue diseñada por la evolución para guardar facsímiles de "la realidad". Tiene como función primordial dar sentido y guardar las experiencias de cada uno y que le sirven de guía y predicción en su cotidianidad. Lo que guarda nuestra memoria no es, no puede ser, una copia o réplica idéntica de lo que ocurre a nuestro alrededor, sino algo necesariamente distinto; por eso hablamos de *experiencias*. Para eso tenemos memoria, para que en el diario íntimo de nuestra propia vida queden registros, no de los sucesos, sino de lo que sentimos y experimentamos al vivirlos o, lo que es lo mismo, de nuestras vivencias, que inevitablemente serán siempre únicas, intransferibles e irrepetibles. En este sentido, García Márquez comienza su autobiografía de la siguiente manera: "La vida no es la que uno vivió, sino la que recuerda y cómo la recuerda para contarla".

Si esto es así, tendría que contar lo que me pasó a mí respecto de los hechos ocurridos en la vida de Luis. Mi relato puede no interesar a esta audiencia, sobre todo si es verdad que, como dice Hector Tizón en su libro Tierras de frontera, la memoria personal es caprichosa, fabuladora, equívoca y arbitraria.

Además, a nivel colectivo, podría no ser útil si se comparte la idea de que cuando se recuerda el pasado y se olvida el presente, la memoria es una trampa, en tanto la historia y la memoria colectiva son parte inseparable de cada cultura, pero el pasado no es y no debe transformarse en el elemento determinante de una sociedad y de un pueblo y yo diría, de una persona".

Sin embargo, también se ha dicho con razón que la vida debe vivirse hacia adelante, pero sólo puede ser comprendida retrospectivamente; que un bello recuerdo, un santo recuerdo conservado de la infancia representa, posiblemente, la mejor educación; decía Bobbio que “recogiendo en la vida muchos de esos recuerdos, el hombre está seguro en el curso de toda su existencia, pues al final eres lo que has pensado, amado, realizado, lo que recuerdas”.

Debería, entonces, decir qué hizo, Luis Ovsejevich, pero resulta que en 2014 él escribió un libro autobiográfico que tituló *Álbum de Vida* y en 2024 publicó una adenda que lo actualizó. Por eso, no tiene sentido que yo repita aquí los magníficos logros relatados en esas publicaciones.

De qué debo hablar entonces?

Después de mucho reflexionar, me convencí de que debía intentar describir a la persona que hoy, merecidamente, distingue la ciudad de Bs. As.

Ninguna persona pone en duda de que Luis Ovsejchi es una persona culta, o sea, una persona que posee un amplio conocimiento de diversos temas, curiosidad por aprender, sensibilidad hacia el arte, la historia y su entorno y, además, es respetuoso de cada una de las personas.

Es una persona culta porque tiene amplios conocimientos. Baltasar Gracian decía allá por el 1600, que “ Un hombre llega a saber mucho por haber vivido muchos años, o por haber caminado muchas tierras, o por haber leído muchos y buenos libros, o por haber conversado con amigos sabios y discretos”. Pues bien, Luis es un hombre culto por haber caminado muchas tierras, como lo muestra la gran colección de obras de arte que atesora proveniente de incontables países, por haber leído muchos y buenos libros, y por la gran cantidad de amigos sabios y discretos con los que ha conversado a lo largo de los años, muchos de los cuales lo acompañan en este acto.

Es culto porque valora el conocimiento como instrumento de la libertad; sabe con el gran Thomas Jefferson, que “si una Nación espera ser ignorante y libre, espera lo que nunca fue y nunca será”, y que, en cambio, “la mente de un hombre, ensanchada por una nueva idea, nunca puede volver a las dimensiones originales”.

Es culto porque no solo tiene conocimientos sino porque su vida está presidida por valores, que no se anuncian, sino que se demuestran, como surge clara de la historia del rabino que estudiaba el Talmud; estaba tan inmerso en la lectura que no oía llorar a su bebé. Su padre le preguntó: “¿No oyes a tu hijo llorar?”. “No. Estoy estudiando”. “Entonces no estás estudiando bien”, concluyó. El aprendizaje no puede desconectarte de la vida.

Porque es una persona culta creo que está convencido, como muchos de los que estamos aquí que, como dice Lisette Kugler, se necesita un modelo de liderazgo que entienda que la empatía es una herramienta de poder más potente que cualquier discurso de odio porque liderar implica construir vínculos que abran camino hacia la cooperación, porque ninguna sociedad se salva sola.

Además de ser una persona culta, Luis es una persona apasionada y un idealista. Es un apasionado por lo que hace, porque sabe que, como decían Hegel y Balzac, nada importante se realiza en la historia sin pasión; sin ella, la historia, el arte y la novela no existirían. La Fundación Konex, su paso por la dirección del Teatro Colón de la ciudad son pruebas de esa pasión. Siente orgullo legítimo por esa pasión porque, como enseñaba José Ingenieros “El mundo no llegará donde quieren los idealistas, pero siempre irá más allá de donde lo habría hecho sin su esfuerzo”.

De cualquier modo, es un apasionado, un idealista, con los pies en la tierra. En mi opinión, responde a la imagen del árbol que, ante todo, es un cierto equilibrio entre ramas aéreas y raíces subterráneas... Así que, cuanto más se quiere subir, más se necesita tener los pies en el suelo”.

Luis tiene amplia consciencia de todo cuanto ha hecho y disfruta de momentos como los que estamos viviendo. Sabe que todo ha sido obra del trabajo, que no ha tenido que subirse sobre los hombros de nadie para conseguir lo hecho. Siente el placer de los descubrimientos y los goces estéticos y por eso sigue sembrando; me recuerda a Leonardo Padura cuando relata que una amiga le entregó la semilla de un aguacate que, según ella, estaba buenísimo, y le pidió que la sembrara en su patio. Y asumió, entonces, que se disponía a esperar diez, quince años a que el árbol fructificara.

Al mismo tiempo, Luis tiene amplia consciencia de la importancia no solo de su familia, sino de la amistad, a la que cuida con esmero pues tiene consciencia de que en ocasiones está acechada por las más diversas agresiones.

Evidentemente, nadie tiene ni tiempo ni fuerzas para dar todas las batallas. Luis sabe elegir qué batallas dar. Tiene el espíritu pragmático de Winston Churchill y seguramente, más de una vez, ante una crítica injusta se repite: *“Nunca llegarás a tu destino si te detienes a tirarle piedras a cualquier perro que te ladre”*.

Luis Ovsejevich es adulto en serio. Delphine Horvilleur dice que “ser adulto significa saber que no hay manera de reparar lo que se rompe y que entonces hay que vivir con lo roto. Cuando los judíos se casan se rompe un vaso. Es simbólico. De la misma manera que no se puede reconstruir ese vaso roto, no puedes reconstruir lo que se rompe en tu vida. Pero puedes aprender a vivir con lo roto. Eso se aplica a la política, a la familia, al amor. La mayor experiencia espiritual que atravesamos en la vida es aprender a vivir con lo que falta.

Hay hombres, como Luis, que son sus vidas. Otros, se limitan a habitarlas, como inquilinos inseguros, que nunca saben hasta dónde llega su propiedad ni cuándo vence el contrato. Como cartógrafos incapaces, que dibujan una y otra vez mapas equivocados de extraños continentes”.

Creo que cada una de estas características explican por qué creó el Premio Konex, uno de sus aportes más significativos a la cultura del país.

Por eso hoy, quienes estamos aquí te deseamos con palabras de Mario Benedetti: No te rindas, que la vida es eso: continuar el viaje, perseguir tus sueños, destrabar el tiempo, correr los escombros y destapar el cielo”. Así seguirás teniendo siempre la estima social que significa esta distinción, dado que “la estima, a diferencia de algunos amores, es un árbol profundamente enraizado que resiste las tempestades.”